

su única obra, la salvación de aquel emperador vulgar y mediano; su único porvenir, perderse como una nube de aroma, sin personalidad y sin alma, entre las flores místicas y los cantos armoniosos de un cielo panteista. Prefiero á la pobre Margarita, personificación de la buena y blonda Germania, seducida por sus sabios en su casta ignorancia, y abandonada á sus penas sobre cuna de húmedas pajas en oscuro calabozo, porque la pobre Margarita, á lo menos, ha sabido amar y morir



CAPÍTULO DÉCIMO-CUARTO

Paso desde la Monarquía constitucional á la República

DESPUÉS de haber visto el movimiento de las ideas filosóficas en su estadio capital, en Alemania, veamos el movimiento paralelo de los hechos políticos, en su estadio capital en Francia. Podrán cerrarse los ojos á la evidencia; mas, si en la centuria décima-quinta, el arte hizo que gravitara Europa entera por necesidad hacia Italia; y en la centuria décima-sexta, los hallazgos de nuevos mundos y el establecimiento de nuestra Monarquía universal hacia España; y en la centuria décima-septima, por el triunfo de los pueblos protestantes en la paz de Westphalia y por el ingreso de las dinastías protestantes en el trono inglés hacia Inglaterra y Germania, vencedoras; el siglo décimo-octavo se personifica en Francia, y de Francia en sus dos irradiaciones superiores, en la Enciclopedia y en la Revolución. Pusimos un paréntesis, para mirar las ideas, entre los meses en que cae á su propio peso el ministerio girondino, lazo último de la monarquía con la revolución y los meses en que rápidamente la revolución se reviste de su forma natural y propia, la República; mas ahora volvemos de nuevo á tal crisis, que acaba por una metamorfosis. Y lo más grave de tamaña metamorfosis está en el paso desde un régimen, donde tanto había de lo antiguo, á un régimen superior; el cual por su misma superioridad, chocaba de un horrible modo, así con las seculares ruinas del espacio, como con las arraigadas supersticiones del espíritu. Uno de los mayores trabajos sociales, el mayor quizá de quien guarda recuerdo y enseñanza á la Historia, es el hercúleo, consistente de suyo en ingerir dentro

de sociedades y Estados históricos nuevas fórmulas y sistemas ideales concebidos allá en el immaculado seno de la ciencia. Reanudemos Junio del año noventa y dos, en que riñen monarquía y revolución por el ministerio girondino, con Julio y Agosto del mismo año, en que la revolución abandonó el Estado y forma realistas para tomar y revestir la forma y el Estado connaturales á una verdadera democracia. Todos cuantos leyeren esas páginas de nuestra Historia, comprenderán cómo, á medida que esta democracia cedía, el rey se aislaba en el supersticioso culto á sus privilegios antiguos contra la revolución, y en el pacto infame con los reyes europeos contra la Francia. En vano quisieron muchos espíritus optimistas auxiliar á la concordia de los innovadores con los monarcas; no estallaron más que discordias. Madame Roland, á quien su espíritu sibilino revelaba muchos misterios y secretos de lo porvenir, siempre que sobre su trípode surgía y tomaba las dos alas de su inspiración, verdaderamente sugeridas por su genio extraordinario, profetizó con perfecta seguridad el rompimiento entre la Gironda y la monarquía, mientras, pagados los girondinos de su exaltación al gobierno, y por ella en holgorio completo, más ilusos estaban de suyo y más engañados vivían, sobre la esperanza de una conciliación. En efecto, aunque aumentó la inercia del rey á la presencia de los revolucionarios en el ministerio, unos sin hebillas en sus zapatos de plebeyos; otros con blasfemias en sus labios de filósofos, cosas espantables ambas para la corte, siquier fueron sus índoles diversas, y á consecuencia de tal estado, la monarquía se paraliza, esta parálisis atañe solamente á la política interior, pues en la política exterior se mueve con empuje grandísimo é insta con redobladas instancias la intervención extranjera. Y cuando llama con redoblados golpes á la puerta un ejército exterminador; truena y relampaguea una guerra civil; asaltan y denuestan la revolución los guardias de Corps; conspiran todos los cortesanos; amenaza la emigración realista blandiendo su traidora espada contra Francia, y preparando sin empacho la horrible tea que debe incendiarla; no pueden á la serena posteridad extrañar los intentos del ministerio girondino, quien impone penas á la rebelión teocrática, penas á las alevosías reaccionarias, penas á los emigrados en armas; y para defensa de la capital decreta un campo atrincherado, con capacidad á reunir representantes de las federaciones departamentales, muy revolucionarias, sumados para contrastar tanto conjurado y romper esta conjuración insensata. Pero el rey, alma de la conjuración, y jefe de los conjurados, tomará el veto en defensa de todos éstos y desbaratará las medidas encaminadas á sojuzgar los innumerables enemigos levantados para perder, en aquella encrespadísima tormenta, la libertad y la patria. Nadie creía tan arrestado y valeroso á Luis XVI, cual en este instante supremo llegó á mostrarse. Bien es verdad que no abandonó su antiguo maquiavelismo, sacándose la espina del ministerio girondino con la espada del vanidoso Dumouriez, hasta engañarlo y perderlo; pero la resolución, que siempre le faltara, surgió en él entonces incontrastable; tuvo el pensamiento suyo energía increíble, decidiéndose á no transigir más; y dentro de la

Constitución á perder la Constitución valiéndose de las armas que le habían entregado los derechos regios, en ella inscritos para la defensa y salvaguardias suyas, en su perdición y en su ruina. Imagínese cuál desencanto á consecuencia del fracaso entraría en la fracción girondina. Separado este grupo de los constitucionales que presidía Lafayette por creer á éstos poco revolucionarios; de los clubistas, que presidía Dantón, por creerlos demasiado revolucionarios; de los jacobinos, que presidía Robespierre, por análogos sentimientos á los que les movían en su guerra con los dantonianos; resultaba tan irreparable y tan escandaloso el marro de sus componendas con Luis XVI, por culpa de Luis XVI mismo, que se resolvieron en su contra, y no descansaron, movidos del ansia por sus desquites, hasta destronarlo y perderlo.

En esta crisis, desde que Luis XVI puso á los girondinos en la calle hasta que los girondinos pusieron á Luis XVI en el Temple, hay un protagonista, cuya elocuencia rayó tan alto, como la elocuencia de Mirabeau, y este protagonista se llama Vergniaud. Por mucho que lo contemplemos, no lo contemplamos cuanto su importancia intrínseca merecía, y con su importancia intrínseca la transcendencia de sus actos y de sus discursos hasta nosotros y nuestra suerte colectiva, transcendencia, inmanente hoy en leyes é instituciones. Así como la tempestad había hecho de Mirabeau un orador trágico, la felicidad había hecho de Vergniaud un orador armonioso. Pasó muchas penas la familia del Verbo de los girondinos; mas en tales penas encontró auxilios y consuelos de almas excelentes que le inspiraron fe viva en la virtud y amor á las ideas generosas. Mirabeau provenía de Florencia y de Maquiavelo, el arte y la inspiración, sobreponiéndose á la moral; Vergniaud provenía de Burdeos y de Montesquieu, que declaraban indispensable á toda República la virtud. Sus padres quisieron darle carrera eclesiástica, pero tuvo que dejársela por no gustarle de la religión católica, ni lo moral, ni lo dogmático; solamente le gustaba lo estético. Mas, esta educación eclesiástica le dejó un sello, mostrado en sus efusiones, religiosas por su intensidad, aunque laicas por su objeto, como el sello indeleble que dejara en Lutero su orden y su monasterio. Vivió cuarenta, no más años, del cincuenta y tres al noventa y tres en la pasada centuria; y durante todos ellos guardó la complexión y actitud aquel águila en la tribuna del seminarista que medita en la celda y lee todos los días el breviario. Mucho habló en este mundo; pero calló más que habló. La reflexión anduvo en él antepuesta siempre á las inspiraciones. De vez en cuando le sacudía grande agitación, y se le escapaba una carcajada epiléptica, muestra de que, si bien sus nervios vibraban, sus reflexiones continuas podían siempre dominarlos. No hubo medio alguno de imponerle reclusión en las oficinas, ni de sujetarle al trabajo metódico y diario. En esto se pareció su juventud á la juventud de todos los estudiantes. Nosotros, de mozos, guardábamos para las cátedras de derecho los libros de literatura y para las cátedras de literatura los cálculos de matemáticas. Donde quiera que Vergniaud iba, en su primera edad, no diré que componía,

pero sí diré que rimaba versos. Mariposeador en sus amores, no veía beldad á quien dejase de asestar el correspondiente soneto. Jamás adquirió en esta natural afición índole ó naturaleza de orador, que le concediera el cielo como á uno de sus predilectos, pero sí adquirió facilidad en alocuciones utilísimas para sus discursos. A estos ejercicios en todas las versificaciones posibles dentro de la poética francesa subsiguieron ejercicios retóricos, verdadera gimnasia de su palabra; y con estos ejercicios los informes en el tribunal y las conferencias en el Museo, prestándole aquéllos maestría lógica y elegancias literarias éstas unidas á su natural inspiración en materia de forma. ¡Caso raro! La forma llegó á él á la perfección por un defecto, cuyas consecuencias le ha echado la posteridad en rostro, por su pereza. Incapaz de acción, esta congénita indolencia le ayudaba mucho á meditar y en estas meditaciones calladas iba ensayando mil maneras de hablar y decir ayudado de la primera facultad indispensable á todo gran orador, de la memoria. Dicen que le fatigaba pensar. No: lo que le fatigaba de veras, por lo mismo que sabía pensar mucho, era el hacer algo. Así lo hallaron sus amigos en todas las grandes luchas de su vida indiferente á la suerte de los suyos. Tan sólo se movía cuando estaba en el aprieto de hablar. Y para el discurso mismo necesitaba de alguna excitación propia, causada por el ajeno espoleo. Y aquello que le pasaba en sus altos negocios públicos, también le pasaba en sus negocios particulares privados y en sus diarias faenas domésticas. Industriado en los ramos de filosofía, literatura, moral, arte, derecho, sobre los cuales bordaba discursos de primer orden á la continua, tan vigorosos por sus encadenadas series lógicas como bellos por sus proporciones de arquitectura literaria, ignoraba la Economía, indispensable á los que representaban primeros papeles en aquella sublime tragedia de la Revolución francesa. Y como ignoraba la pública Economía, ignoraba también la economía doméstica. El presupuesto de su hogar parecíase á presupuesto de Estado en que adolecía de alcances permanentes manifestados por déficit irremediable. Y no acudía con un trabajo continuo al remedio de tan grave dolencia, dañosa, no solamente á su peculio, á su política. Así decía uno de sus mayores amigos: la indolencia hechiza con sus magias á Vergniaud como á los héroes del Tasso, Armida. Tenía carácter de niño por la sencilla inocencia, corazón de mujer por la delicada sensibilidad, entereza de hombre por el valor heroico, labios de Verbo divino, cabeza de pensador extraordinario. Aquel pensamiento, que, para las sociedades proclamaba la más progresiva libertad, para la vida particular entregábalo y librábalo todo á la fatalidad y al fatalismo. Así, muy severo consigo, aparecía indulgente con los demás. Parecíale sólo enfermedades los vicios, los errores y los pecados de las gentes. Parapetado tras estas leyes morales, y con su carácter estoico, en el cual predominaba la indiferencia de los antiguos sabios, ni temía el odio de sus enemigos, ni se preservaba de los sucesos contrarios. Todo cuanto, en su indiferencia catoniana, ofrecía el orador á la revolución, todo consistía en la consagración á ella de su palabra, y no era flojo

el presente. Prefería estar entre los espectadores de la tormenta política desde su gran sillón del Cuerpo legislativo, donde todos le oían á una con ferviente admiración, que no entre los autores. Confiaba el verbo de sus ideales al oído y ponía su germinación á cuenta del tiempo, en guisa de los árboles que confían al viento su fecunda semilla y no pueden curarse de saber cómo cae y á dónde va. Por esta causa no dirigió jamás á su partido. Llevó la voz del consejo y le dejó á Brisot le voz de mando, como á Madame Rolland la inspiración perpetua, sin visitar casi á la Musa, quien hasta en sus Memorias, dirigidas á la posteridad, le acusó de tan sistemático desastre.

Mas, un hombre superior, enredado en deudas y acreedores, por pereza nació con tal temperamento perezoso, y no intentó contrastarlo y corregirlo por nadie, ni por nada, en ninguna de las grandes ocasiones al paso surgidas ante su tormentosa existencia. Cuando la obligación de pronunciar un discurso le iba encima, recibíala su voluntad como á quien le cae una teja sobre el cráneo; mas, en trabajo de su gusto, desplegaba incansable actividad. Y pronunciado el discurso, recogidos, ya el aplauso, ya el fruto, recaía en su natural inercia, y no intentaba cosa ninguna, meditando mucho en el intervalo la oración dicha y la oración por decir, sobre esta última. Michelet y Lamartine, dos grandes poetas, cada cual por su estilo, han esmaltado la vida del gran Vergniaud con un idilio amoroso, que regocija y enternece al maravillado lector de sus sendos poemas sobre la revolución francesa. El historiador de los oradores revolucionarios, Aubard, tacha talamor de fábula. Se llamaba la supuesta verosímil amante Sofia Candeille, y era cómica. Las relaciones de Vergniaud con las mujeres fueron muchas, y sus amores varios; pero no tuvo pasión alguna prodominante que haya la posteridad sabido. Feo y contraído, la tribuna lo transformaba en arrogantisimo. El resplandor de su idea se parecía mucho al resplandor que atribuye la religión al ascenso de Cristo hacia el Empíreo tras la transfiguración. La frente abombada y tendiendo atrás; la sonrisa benévola en los labios gruesos y carnosos; el pecho ancho y las piernas cortas, por el desarrollo de los pulmones y de la caja pectoral, á expensas de los miembros inferiores; el corte de la nariz muy largo, y lo arrugado de la piel, envejecida en él desde bien temprana edad, pueden verse hoy aún, leyendo el capítulo que sobre su iconografía escribiera el gran coleccionador de noticias relativas á Vergniaud, el bueno y apasionado Vatel. Y, sin embargo, no tuvo, en lo referente á su figura, dicha grande Vergniaud. Consagróle magna estatua Cathelier, uno de los primeros escultores franceses. Pero esta estatua conducida de local en local, puesta sobre pedestales en el Senado napoleónico, proscripta en la Restauración, encerrada dentro de bodegas húmedas, conducida por un jefe de albañiles, ó maestro de obras, á la intemperie de un patio húmedo en los barrios bajos parisienses, ha recibido tales injurias del tiempo y del hombre, que, al reponerla en Versalles, como simulacro de una gloria nacional, sobre su ara, fué preciso restaurarla; y en esta restauración tomó algo del tipo clásico estatuario antiguo, y